

Zulema Pugliese

Pensar en Comunidad

Jornadas LET Hospitalidad

Mayo 2019

DEL INDIVIDUALISMO CONTEMPORÁNEO HACIA LA JUSTIFICACIÓN DE LA HOSPITALIDAD EN LOS PITAGÓRICOS

II. RECUPERAR EL DON DE LA HOSPITALIDAD

En este trabajo intentaremos analizar en primer lugar algunos conceptos vertidos por Adela Cortina en su libro *Aporofobia*, comparar las diferentes nociones sobre hospitalidad a través de los tiempos y su significado para algunos filósofos, pensadores y científicos. Luego, veremos cómo hoy, se intenta invisibilizar al otro apelando a respuestas racionales para eludir la responsabilidad que nos llevaría a una convivencia pacífica en el marco de la caridad y la vida buena.

a) Hospitalidad: entre el mandato divino y la ley humana

Partimos de la base que, para vivir en sociedad, necesitamos de una organización justa y regulable acorde a los requerimientos cambiantes de toda comunidad. Según la filósofa española Adela Cortina, hoy los problemas que enfrentamos como sociedad organizada parecen los mismos de siempre, pero el enfoque es diferente y, por ejemplo, más que de

xenofobia¹ cree que sufrimos de aporofobia, es decir, rechazo al pobre o al que nada nos aporta.

Si estudiamos el origen del término xenófobo, entendemos que es aquel que siente fobia o rechazo al extranjero, pero muchas veces los extranjeros que provienen de un mismo país, no reciben el mismo trato cuando lo hacen rodeados del glamoroso encanto de los bolsillos llenos de dinero, que cuando arriban en balsas precarias despojados de todo bien. Parece que seleccionamos rápidamente y permanecemos desconfiados y en alerta ante los últimos mientras recibimos con brazos abiertos a los otros, a los que sí tienen algo para dar. Si fuese xenofobia, tendríamos aversión por todos los que provienen de un mismo lugar, o que profesan una religión o que son de un determinado modo de ser. Sin embargo, acostumbrados a vivir en una sociedad de intercambio, de tome y traiga, más de una vez *seleccionamos* a las personas por su poder adquisitivo. Esta es la razón por la que Cortina habla de aporofobia, para llamar a las cosas por su nombre y así poder tratar el tema de manera seria e incorporarlo al mundo humano del diálogo, la consciencia y la reflexión. Xenofobia, racismo, aporofobia, misoginia, homofobia, antisemitismo, cristianofobia, islamofobia: si permitimos que permanezcan en el anonimato actúan con fuerza de ideología que, cuanto más silenciosa, es más efectiva, por ello la necesidad de darle un nombre y tratar el problema.

Fobia no es odio a una persona determinada que ni siquiera se conoce, es a un colectivo. El problema es que se asume una actitud de superioridad avalada por la convicción que una raza, etnia, tendencia sexual, creencia religiosa o ateísmo es mejor que lo profesado por otros grupos. Incluso, para legitimar esa superioridad o ataque de obra o palabra, nuestro cerebro teje una historia tranquilizadora que intenta dar una base racional a pensamientos y creencias sin base biológica o cultural.

¹ El Diccionario de la RAE define el término del siguiente modo: proviene del concepto griego compuesto por *xénos* ("extranjero") y *phóbos* ("miedo"). ... La xenofobia es una ideología que consiste en el rechazo de las identidades culturales que son diferentes a la propia.

Aporofobia entonces es, simplemente, el rechazo al pobre. El áporos molesta y en nuestra cotidianidad, aunque no lo asumamos, muchas veces actuamos así sin darnos cuenta, como tan acertadamente lo especificó Eduardo Galeano en su poema “Los Nadies”, llamándolos *aquellos que no son aunque sean*, porque son aquellos que no son invisibles sino que nosotros invisibilizamos.

Ahora bien, ¿a qué se debe la xenofobia: es temor o quizás egoísmo? Podría derivar del carácter evaluador del cerebro que ya Platón en su época, en el diálogo *Fedro* (246a-253e) identificó con un auriga tratando de guiar a dos corceles por el camino correcto donde pasiones y sentimientos luchan por la primacía hasta decidir qué acción es más conveniente. El temor a lo desconocido podría inclinarnos a la desconfianza. También en su obra *Las Leyes*, considera mejor ciudadano a aquel que presta un ejemplar servicio a su polis y respeta las leyes de la patria, pero, al tratar el tema del comportamiento hacia los extranjeros notamos una particularidad: que su trato es absolutamente sagrado y las faltas cometidas por ellos o contra ellos serán castigadas por la divinidad. El grado de vulnerabilidad de quien está sólo y cuya vida depende del socorro de otros, es lo que inspira compasión a hombres y dioses. Aquí se nota claramente que la hospitalidad no sólo se consideraba una virtud sino una obligación religiosa y la atención al huésped era, junto con la adoración a los dioses y el respeto a los padres, el tercer pilar de la piedad griega.

Durante los siguientes siglos, el tema conservó cierta armonía entre legalidad y, especialmente en Europa con la difusión del cristianismo, contenido religioso. Pero vemos que durante el siglo XVII la cuestión trata de legalizarse. Locke, por dar un ejemplo, en su *Carta sobre la tolerancia* de 1689, intenta la creación de leyes para una convivencia pacífica aduciendo la necesidad del intercambio para el enriquecimiento de la sociedad. Más tarde John Stuart Mill, en 1859, le da un contenido universalista a la libertad y habla sobre los límites de la tolerancia: agrega a su alegato un “hasta aquí”, dando a entender que la libertad es fundamental sin perjudicar los

intereses del otro. Por lo tanto, el don desinteresado e incondicional de la hospitalidad, se fue transformando en “tolerancia”, con un cierto interés: un circuito de dar-recibir-esperar devolución y un límite. Más que aceptar al otro en su incommensurable alteridad, y sentirse responsable sin esperar reciprocidad, se veía como un contrato tácito donde existía una frontera que marcaba la diferencia con el otro.

Lo cierto es que el tema del rechazo y desconfianza a lo desconocido acompaña al ser humano desde sus orígenes y por ello notamos ya en la Biblia y los escritos homéricos, un énfasis especial por evitarlos y fomentar la hospitalidad así sea como virtud o mandato divino. Siglos más tarde se trató de sacar la cuestión del ámbito religioso viendo a la convivencia con los otros como un beneficio social y se impusieron normas, por lo tanto, la hospitalidad, que nació como una apertura incondicional hacia el otro, se fue transformando en algo racional con reglas y límites.

¿Qué pensaban los científicos?, pues han tratado de explicar la falta de hospitalidad diciendo que nuestro cerebro ha permanecido igual a nivel biológico y genético por muchos años mientras el entorno cultural ha variado completamente y, de ese modo, seguimos en alerta ante lo que consideramos sería una posible amenaza sin analizar su veracidad.

Darwin, en sus estudios sobre el comportamiento de comunidades primitivas, comprendió que quizás, los grupos intentaban proteger instintivamente sus genes y asegurar la especie, pero muchas veces, la actitud altruista y hospitalaria iba más allá de las fronteras orientándose hacia los extranjeros. Según Cortina (*Aporofobia*, 77), a Darwin le resultó difícil explicar desde la hipótesis de la selección natural el altruismo biológico ya que se entiende que la conducta altruista beneficia a quien la recibe no a quien la lleva a cabo. Sin embargo se podría concluir que, si bien la conducta altruista no proporciona ventajas a los individuos aisladamente, sí permitiría que los grupos más cohesionados internamente sobrevivan mejor en su lucha por la vida.

Quién siguió esta línea de investigación y trató de entender la actitud desinteresada hacia el prójimo, fue el filósofo Nietzsche denominando *aristócrata* a todo aquel que de forma desinteresada y espontánea ayudaba a otros. ¿Qué era un aristócrata para Nietzsche? Según describe en *Más allá del Bien y del Mal*, no era alguien de la nobleza ni heredero de fortuna, sino aquel que se auto-valoraba y consideraba normal las acciones altruistas. Aristócrata sería alguien hospitalario por naturaleza. Recordemos que en el mundo antiguo se imponía lo que estaba bien o lo que no de acuerdo a las acciones de los vencedores y, en base a este criterio, todo lo que hacía, por ejemplo, un rey que dominaba una comarca, estaba bien y era una acción buena: esa era la vara para medir lo valioso de una acción. “*Es evidente que las calificaciones morales de los valores se aplicaron primero a seres humanos y sólo de manera derivada y tardía a acciones.*” (aforismo 260. 223) Fue en Grecia donde surgieron las primeras dudas, con Sócrates y principalmente con Sófocles y su *Antígona*: ¿está bien lo que hace Creonte como ejemplo de acción buena para la comunidad porque es quien domina o lo que sostiene Antígona al afirmar que el amor familiar es más importante porque en él se basa la sociedad? Nace la duda si las acciones son buenas porque las realiza el que tiene poder o porque son buenas en sí y las puede realizar cualquier persona. Esto nos lleva a pensar que la hospitalidad no sería una acción buena porque la realizan los poderosos o porque es un mandato de ciertas religiones, sino que todos podríamos brindarla espontáneamente acorde a las circunstancias y posibilidades, porque es un acto bueno en sí propio de los seres humanos.

Por su parte, Nietzsche, que creía en las jerarquías y la diferencia de valor entre los hombres, consideraba que sólo aquellos no serviles, los que miran a lo lejos y hacia abajo, hacia los súbditos, son capaces de ser hospitalarios, no los que tienen moral de esclavos. ¿Cómo son entonces esos aristócratas? Son los que pertenecen a una cultura superior y forman la base y sostén para que la especie selecta se encamine a un fin más elevado. Son los que poseen consciencia de la riqueza que quieren regalar o repartir con benevolencia y socorren al

desgraciado no por compasión sino por exceso de poder. Son los que profesan el respeto a la vejez, a los antepasados y a las tradiciones, los que sienten fe y orgullo de sí mismos, desinterés y menosprecio por el “corazón cálido” y por el qué dirán. Los aristócratas son hospitalarios de un modo diferente: no porque Dios así lo ordena ni porque es un deber, como profesaba Kant²; lo son porque quieren serlo, porque así brota libre e incondicionadamente de lo más profundo de su ser.

Los aristócratas tienen voluntad de poder: quieren crecer, extenderse, atraer a sí, obtener preponderancia, porque “viven”. A finales del siglo XIX se fantaseaba que el carácter explotador desaparecería y que los hombres formarían una comunidad más justa, sin embargo Nietzsche, para horror de muchos, aseguraba que se perfeccionaría lo contrario, porque de otro modo sería como abstenerse de las funciones orgánicas ya que suprimir la violencia y la tendencia a la explotación sería voluntad de negación de la vida, disolución y decadencia. Aún más, aseguraba que la vida es apropiación, avasallamiento de lo extraño más débil, imposición de formas propias, anexión y explotación como esencia de lo vivo. Lamentablemente, el siglo XX le dio la razón

b) Invisibilizar al otro, más murallas, menos caridad.

En el siglo XXI, el neuro-científico David Eagleman, asegura que somos biológicamente xenófobos y el miedo al extranjero es normal, aunque se haya naturalizado como desinterés por aquellos que no tienen nada que ofrecer debido a la expectativa de reciprocidad. ¿Qué pasa entonces con aquellos no que tienen nada que ofrecer? ¿Tratamos hoy de socorrer o *invisibilizar* al otro que nos molesta con su sola presencia?

² *Para la paz perpetua* es un tratado jurídico donde Kant propone la elección de un gobierno que imponga un orden mundial para evitar las guerras. En la segunda sección, uno de los tres artículos definitivos reza: “La ley de la ciudadanía mundial debe estar limitada a condiciones de una hospitalidad universal”. Con ello busca la paz entre los pueblos basada en la obediencia a una constitución universal.

Métodos para invisibilizar abundan pero la construcción de murallas está en auge como medio de separación con los que no queremos ver ya que su presencia de *nuestro* lado afectaría un estilo cómodo de vida que se quiere conservar. Murallas para defensa contra las invasiones conocemos muchas, empezando por la muralla china, la romana al norte de Inglaterra para contener a los celtas y las de cientos de ciudades amuralladas de la antigüedad que nos demuestran que no son una novedad, sino claramente algo que ha acompañado al hombre a través de la historia. Pero en nuestros días la invasión es diferente, no vienen ejércitos armados a arrasar ciudades, vienen personas con lo puesto en busca de trabajo y comida. Nos preguntamos, ¿qué pensará un turista dentro de 100 años cuando visite y saque fotos a la muralla entre México y USA, tal como se hace hoy con la de China?, ¿encontrará una respuesta?, ¿comprenderá cuál era el peligro inminente que llevó a construirla para evitar un desastre?

Quizás la muralla de la frontera mexicana es hoy en día la que tiene mayor publicidad, pero hay murallas también entre Paquistán e India por la disputa en la zona de Cachemira, en Nicosia entre turcos y griegos con zona patrullada por Naciones Unidas, en Ceuta y Melilla para evitar que desde Marruecos ingresen africanos a España, entre Israel y Palestina, y muchas más.

Por el otro lado cabe aquí recordar la alegría que siente un pueblo cuando se derriba una muralla: basta ver los festejos por la caída del muro de Berlín y el abrazo interminable de quienes permanecieron separados tantos años, ya que parece aún más doloroso cuando es un mismo pueblo el dividido. El filósofo y sociólogo Slavoj Žižek vio como algunos analistas, entre ellos Francis Fukuyama, creyeron que la reunificación alemana marcaría un antes y un después en la historia mundial y que el triunfo de la democracia liberal lograría el advenimiento de una comunidad global en paz. Pero el fenómeno del “sólo miembros” explotó con mayor fuerza traducéndose en un modo de vida que todo lo abarca: clínicas de salud sólo con invitación, escuelas de elite, condiciones bancarias privadas y vida de los acaudalados a puertas cerradas. Se traduciría como temor a una vida social externa

porque se desean minimizar los riesgos de contacto, enfermedades o amenazas con *los otros*. Žižek, en *Primero como tragedia, después como farsa*, se asombra que en Shangai los nuevos ricos hayan construido comunidades aisladas inspiradas en ciudades reales como Londres o París:

Toda la zona está aislada de sus alrededores por una cúpula invisible, pero no por ello menos real. Ya no existe una jerarquía de grupos sociales dentro de la misma nación; los residentes de esta ciudad viven en un universo para el cual, dentro de su imaginario ideológico, el mundo de <clase inferior> que lo rodea simplemente no existe. (9)

Como vemos, seguimos construyendo muros que representan la antinomia de la hospitalidad y el triunfo del egoísmo racional sobre la caridad bien entendida. Pero, ¿a qué llamamos verdadera caridad?: a lo que se siente como propio aunque duela y nos despierta una fuerza interior orientada a ayudar sin esperar nada a cambio, a socorrer y no mirar para otro lado. Los muros invisibilizan al otro, dejamos de verlos y de preocuparnos porque evitan, lo que Levinás llama encontrarse con “*el rostro del otro*”, con aquel que nos mueve a considerarlo en su dignidad de ser humano más allá de cualquier diferencia.

Consideremos también que las murallas no son sólo muros: las pensamos, las ideamos y proyectamos constantemente porque están dentro de nosotros. Debemos admitir que no basta con política o leyes, algo ha fallado porque seguimos construyéndolas.

Retomando el pensamiento del neuro-científico Eagleman, podemos decir que somos xenófobos por autointerés y nuestro cerebro es egocéntrico por naturaleza, hecho que nos ha ayudado a sobrevivir y, además, que preferimos lo familiar, lo conocido frente a lo que no sabemos si podremos comprender o controlar, es decir, buscamos seguridad como auto-defensa. Sin embargo, Eagleman habla de predisposición, lo que no significaría estar determinados. Nuestro cerebro posee plasticidad y es posible trabajar en la eliminación de fobias por medio

de la motivación. “*Somos una sociedad flexible y podemos mejorar si nos comprendemos mejor.*” (Eagleman 2013. 224)

El primer paso sería una buena educación que nos permita formarnos en una comunidad responsable y nos mantenga alerta ante los famosos discursos de odio que han fomentado el desencuentro y las fobias. Recordemos sin ir muy atrás en el tiempo, el caso de la revista francesa *Charlie Hebdo* y su insensata predicación sólo útil para despertar lo más violento del otro a quien consideran inferior por su religión y, amparados en la libertad de expresión, la utilizaron de modo completamente irresponsable.

Muchos pensadores europeos, entre ellos Cortina, consideran que los discursos de odio deben ser condenados y que la hospitalidad necesita plasmarse en leyes claras que hagan referencia a casos reales para no quedar en mera palabrería que habla de universalismo y se olvida de lo concreto urgente, es decir, de *este* ser humano que necesita ahora de nuestra solidaridad. Dignidad humana es una abstracción propia de discursos, no nos quedemos en eso y veamos a las personas con nombre y apellido.

El segundo paso sería comprender qué significa hospitalidad hoy: no es sólo hospedar entendido como alojar, sino que es abrigar en nuestro corazón, es escuchar al otro en su angustia, es comprender y buscar soluciones sin esperar retribución. Hospitalidad es la alegría de dar al dejar de preguntarnos si debemos ayudar y pensar responsablemente en cómo hacerlo. Según mi parecer, ya que con tanto empeño se busca una mejora física y de rendimiento, ¿por qué no aprovechamos también la plasticidad de nuestro cerebro para buscar en la educación integradora con base ética una mejora moral? Se debilitaría de este modo la aversión a quién no nos es útil, intentando así que brote desde nuestro corazón el don de la hospitalidad.

BIBLIOGRAFÍA

Cortina, Adela. *Aporofobia, el rechazo al pobre: un desafío para la democracia*. Bs.As.: Ed. Paidós, 2017. Impreso.

Eagleman, David. *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*. Trad. D. Alou. Barcelona: Ed. Anagrama, 2013. Impreso.

Galeano, Eduardo. “Los Nadies”. *El libro de los abrazos*. Madrid: Ed. Siglo XXI, Akal Editor. 1989. 21. Impreso.

Kant, Immanuel. *Para la paz perpetua*. Trad. J. Abellán García. Madrid: Alianza ed. 2004. Impreso.

Lévinas, Emmanuel. *Totalidad e Infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Trad. M. García Baró. Salamanca: Ed. Sígueme, 1977. 207-246. Impreso.

Nietzsche, Friedrich. “Aforismos”. *Más allá del Bien y del Mal*. Trad. A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza ed., 1983. 219 a 255, aforismos 257-296. Impreso.

Platón, *Las Leyes: Libro I*. Madrid: Ed. Akal SA., 1988. 205. Impreso.

---, *Oeuvres Complètes*. Trad. Leon Robin-J. Moreau. Paris: Gallimard, 1950. 2 vol. Impreso

Žižek, Slavoj. *Primero como tragedia, después como farsa*. 2 ed. Trad. J.M. Amoroto Salido. Madrid: Ed. Akal, 2011. 9. Impreso.